

Entre dos culturas

## Suecia, a vista de ganso

José H. Polo



Ilustración: Óscar Baiges

Cuando lo conocí, tenía aproximadamente su edad. Los dos, a y yo, rondábamos los catorce años. No era el muchacho, ni mucho menos, el valentón arrogante, intrépido y seductor de aquel otro personaje de Selma Lagerlöf, acaparador de hazañas y leyendas, Gösta Berling, con el que también trabé conocimiento por entonces. Pese a la belleza y la fantasía de las historias del atroz caballero escandinavo, yo preferí desde el principio la figurilla endeble de Nils, más endeble aún después de que el duende —a nadie extrañe hallar un

duende mariposeando por aquellas latitudes nórdicas, boscosas, gélidas, propicias a trastos de todo tipo— le dejara tan reducido de tamaño que fue llamado a menudo Pulgarcito. Salido, a borbotones, a golpes de ensueño, de fantasía, de alma viajera y enamorada de la infancia, de aquella maestra sueca, primera mujer premio Nobel, feliz y perfecta creadora de una criatura que “no valía para nada”, según se dice en las primeras páginas.

Nils gozaba fama de haragán, de desobediente, de perseguidor y ene-

migo de los animalillos en general, los domésticos y los que pululan por el bosque, los que caminan, los que se arrastran, los que vuelan. Todos huían despavoridos ante él. Esto, sin duda, no nos unía; pero yo también era distraído, huidizo, indócil y mi padre me tachaba de “díscolo” y de responder siempre “con el no por delante”. Además, Nils acabó yéndose con una bandada de gansos salvajes que, dominando la aprensión primera, llegaron a aceptarle y, a la larga, a quererle. ¡Lo que aprendió con ellos Nils! Sobre todo, gracias

a Okka, la vieja gansa conductora y jefa del grupo. Su transformación fue evidente, tras haber asimilado las sabias enseñanzas que de ellos recibió: a su regreso del periplo, una vez recuperado su tamaño por pura generosidad del duende, convertido en un joven cabal, honrado, tolerante, amigo fiel de los pequeños, defensor de los débiles. No en vano a la autora, la tierna y clarividente Selma Lagerlöf, le encantaban los niños y sabía hablarles y dejar en ellos huellas positivas, sin caer nunca, pese a que algunos se lo atribuyeran y reprocharan, en el mero cuento infantil. Había mucho más en sus relatos: hondura, ejemplo, amor. Y resplandor y belleza.

Los gansos salvajes emigraban hacia el Norte, a las lejanas tierras de Laponia, a los hielos y el frío; ya volverían más tarde, al son marcado por el calendario y el clima, a descender rumbo al sur y deshacer el camino. En medio, cuántos campos y bosques y lagos y ciudades. Y descripción de costumbres y narraciones de viejas consejas y tradiciones orales, transmitidas al calor del hogar en noches interminables, inclementes, cuando el mundo de fuera resiste como puede los fuertes vientos aulladores y los animales, tiritando, se inventan refugios. Días distintos al fin de aquel del comienzo del viaje: “era aquel un día muy hermoso y se percibía un airecillo tan fresco, tan ligero y sutil que invitaba a volar”. Y, a espaldas —a carramanchones, diríamos echando mano del lenguaje popular— del ganso Martín, asido con fuerza a sus plumas, inició Nils su fabulosa visión panorámica de Suecia. Con el mal propósito evidente de encender mi envidia de ávido y casi infantil lector.

Nils, al principio, tanto era su deseo de irse de casa, solo temía no ser aceptado por la bandada, que lo abandonarían o le hicieran volver. Madre Okka, bien intencionada pero aún no resuelta a llevar aquel ser extraño como compañero, acaso problemático y con seguridad mo-

lesto, pretendió con sus consejos ayudarle a valerse por sí mismo. Le aconsejó que se hiciera amigo de los pequeños animales de los bosques: ardillas, liebres, gorriones, abejarcos, picoverdes, alondras...: “si llegaba a ser amigo de ellos, podrían advertirle de los peligros, procurarle escondrijos y aún, en caso de necesidad, unirse para defenderlo”. Cosa difícil porque sabían que él era el Nils travieso y rechazaron su amistad: “tú destruías los nidos de las golondrinas, rompiste los huevos de los estorninos, dejaste en libertad a los pequeños cuervos, (...) cazaste los mirlos con cebo y encerraste ardillas en jaulas”. Visto lo cual, Pulgarcito decidió portarse bien y ayudar a la bandada. Lo hizo más de una vez, ayudó y salvó de aprietos a sus compañeros, se volvió valiente y tenaz. Y, naturalmente, los conquistó y se hizo querer; más que de ninguno, de la centenaria madre Okka, sorprendente ejemplo de solicitud maternal. En realidad, fue ella quien transformó a Nils, haciendo de él una personita educada y buena, tan lejos de aquel “muchacho que no había sentido nunca amor por nada ni por nadie; no había querido jamás a su padre ni a su madre, al maestro de escuela ni a sus camaradas de clase...” Selma Lagerlöf humaniza admirablemente animales, bosques, naturaleza en pleno; pero su mayor mérito consiste en que logra humanizar también al propio Nils Holgersson.

Siempre, capítulo tras capítulo de este maravilloso viaje, una gran riqueza de panoramas y lugares, campos y ciudades; ligando relatos, fantasías, personajes insólitos. Sin abandonar esta hermosa Suecia: “A dondequiera que vaya, siempre encuentra el hombre en ella de qué vivir”, según pensaba Nils, por otro nombre Pulgarcito. La espléndida cascada del río Ronneby; la hermosa descripción de una tempestad en el islote de Karl, la gran laguna de los gansos, el deshielo, el gran baile de las grullas en Kukkaberg, la cigüeña

desdeñosa, la leyenda de Uppland; el estupendo relato del cuervo que rescata las cuartillas de un original literario, dispersas por el viento en Upsala; la aventura de Nils con el cazador y el músico ambulante en Estocolmo, cuya fundación sobre cuatro islas se evoca con singular maestría; el hallazgo del aguilucho al que Okka llegó a querer como a un hijo desvalido. Todo constituye un verdadero lujo, ameno, imaginativo y pletórico de poesía.

Nuestro héroe, como antes acostumbraban decir las historias, acaba por sentir nostalgia de su casa, a echar de menos lo que antes le importaba bien poco, el amor de sus padres. Un gesto generoso del duende que lo hechizó le devuelve su presencia anterior, su estatura. Es ahora un guapo mozo, serio, responsable, valeroso. Vuelve a ser un hombre en un día que “prometía ser muy hermoso, casi tan hermoso como aquel domingo de primavera en que los gansos salvajes llegaron hasta allí”. La bandada, siempre madre Okka al frente, se va tornando extraña, ya no pueden hablarse, sus idiomas respectivos son muy diferentes. Pero el recuerdo no ha muerto del todo aún. Madre Okka, separándose del grupo, va hacia él. Pareció que todos le reconocían y se alegraban. Sin embargo, roto ya el encanto, de pronto, “bruscamente, callaron los gansos, le contemplaron con miradas de extrañeza y se separaron de él”. Marcharon por el aire, en formación perfecta. “Nils sintió una sensación tan dolorosa que casi hubiera preferido continuar siendo Pulgarcito para poder viajar por encima de la tierra y del mar con una bandada de gansos salvajes”.

Hasta aquí, *El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia*. ¡Viajar por encima de la tierra y del mar! El eterno sueño de volar que, luego, muy dejados atrás los catorce años, se repetiría tanto en mi vida. Cuántas veces clamé: “¡Oh, madre Okka, vuelve! Llévame contigo”.